

ron reunidas al ir á salir ambas por una misma puerta. La Marquesa se detuvo, y dijo á Esther:

—¡Pase V., gran comedianta!

—Después de V.!—respondió Esther á la Marquesa.

XV.

El orgullo.

Paseaba una mañana con Esther por los Campos Elíseos.

—«Aquí he venido yo cuando tocaba la guitarra,» me dijo. Y añadió después de un momento: «Aquí tuve tentaciones del diablo, como Jesús en la montaña. Ya desplegaba París su cola de pavo real en los Campos Elíseos como hoy día. Paseaba por aquí su lujo, su belleza y su orgullo. La una, orgullosa de su marido ó de su amante; la otra, de sus caballos ingleses; la de más allá, por recibir el saludo de los hombres más hermosos. Recuerdo que dije á mi hermana Valfa:

—»Mira, llegará un día en que habré salvado todos los obstáculos de la miseria y pasearé por aquí:

»Con mi lujo;

»Con mi belleza;

»Con mi orgullo.»

—Y bien (le pregunté): ¿ha franqueado V.

todos los obstáculos? ¿Le ha divertido á V. eso?

—Sí tal; me he sentido alegre como la alondra que sube, sube y sube cantando; me he embriagado en el éter; pero llegó el momento en que no pude subir más alto. Aquel día he comprendido, al descender sobre la tierra, rotas las alas, que el orgullo no es más que una vana ilusión que pasa y se desvanece. Aspiramos á todo; pero no abarcamos nada.

—Lo más sabio (le dije yo), es quizás no aspirar á nada, y abarcarlo todo.

XVI.

Esther en escena.

Los que no han conocido bien á Esther, han dicho que sólo era una gran trágica, por la tradición.

—¡Es verdad! Samsón, que era un gran maestro, pudo recordarle el estilo tradicional de Mlle. Duchesnois y de Mlle. Georges; pero tenía demasiado talento para querer sujetar aquella joven naturaleza llena de fuego y de inspiración. Es sabido, además, que Samsón decía mal los versos de tragedia, no por falta de inteligencia, sino por falta de voz y de entusiasmo. Había nacido para representar en frío papeles cómicos, pero de ninguna manera los trágicos.

Lo que daba tan hermoso carácter á la gran artista, era que aparecía al principio sobre la escena como una estatua de mármol. Su pedestal era su dignidad. Se reconocía en seguida á la hija de los dioses. Una santa emoción recorría el teatro, dejándose sentir en todos los corazones. No había ni un solo espectador que no se